

LA "LEYENDA NEGRA"

POR

JEAN DUMONT (*)

Es un hecho conocido. Desde hace casi quinientos años, España es el negro chivo apestoso, el negro demonio con horcón, en las pesadillas de la humanidad. Desde los años de 1500, se decidió que España no podía ser presentada de otra forma que vestida de esta doble negrura, de esa misma negrura que el hábito del verdugo. Esta decisión anónima y general, esta presentación obligatoria, es lo que han llamado aquí, en España, como defensa, la «leyenda negra»...

Fuente impura.

¡Oh! por supuesto, cada uno sabe como ha nacido esa leyenda, cuál fue su fuente impura. No se podía haber fundado en la expulsión de los judíos por Isabel la Católica en 1492, puesto que parecida expulsión había tenido lugar en Inglaterra desde 1290, en Francia desde 1306 y en Alemania en 1348. No se podía haber fundado en la creación de la Inquisición española en 1480, puesto que esta Inquisición había tomado como modelo la primera Inquisición, francesa, de 1233, y pronto había tenido equivalentes en las inquisiciones o corte represivas que florecieron en todos los países reformados y en Roma, al igual que en Francia. No, la fuente de la leyenda negra, fue, por supuesto, la única proeza propiamente española: el descubrimiento y la conquista de América.

(*) Historiador e hispanista.

Buen motivo de envidia. Al mismo tiempo que garantía de éxito en la difamación, puesto que resultaba imposible la comprobación de la verdad *in situ*, dada la lejanía. La llama de esta difamación tenía que encontrarse atizada por una fuente de envidias, bien pronto complementaria: los recursos financieros que venían de América permitían a una España muy poco poblada (1/3 de Francia) y relativamente pobre, mantener en Europa un poder militar y político dominante. Poco importaba que ese poder fuese también una consecuencia del ánimo, la organización y la técnica, y fuese puesto al servicio de toda Europa en la defensa contra la ofensiva turca —por ejemplo en Lepanto—; lo irritante era que dominaba a los otros aspirantes al dominio de Europa, especialmente a Francia y las potencias protestantes. Para estas últimas, Inglaterra y Holanda, muy pronto presentes en el mar, lo más irritante era que España fuera el muro de contención de la expansión mundial de la Reforma.

En la guerra psicológica puesta al servicio de las ambiciones antiespañolas, la leyenda negra significó en fin, más tarde, una preciosa ventaja psicoanalítica: transferir a otro las propias ignominias coloniales —estas realizadas de modo sistemático— cometidas especialmente por los ingleses y los holandeses en América del Norte.

Un arma cínica.

En pocas palabras, y tal como lo escribe para su propia honra el calvinista francés Pierre Chaunu, «la leyenda negra fue el arma cínica de una guerra psicológica». El mismo autor, dando prueba de una notable objetividad, precisa: «La leyenda antiespañola, en su versión americana, desempeña (...) el saludable papel de un absceso de fijación. La pretendida matanza de indios en el siglo XVI por los españoles, encubre la verdadera matanza de la colonización en "Frontera" del siglo XIX (realizada por los americanos); la

América no ibérica y la Europa del Norte se liberan, así, de su crimen, por la otra América y la otra Europa» (1).

A menor escala (pues las matanzas y exacciones, por su parte, habían sido más limitadas), Francia hizo funcionar el mismo sistema de transferencia. En el siglo XVII Richelieu encargó una serie de panfletos antiespañoles al filósofo cortesano La Motte Le Vayer. España se encontró acusada de las infidelidades al catolicismo que habían sido cometidas por la monarquía parisina, especialmente la connivencia con el Turco. Y si la «leyenda negra» antihispánica, en su versión colonial, no cesó de tener en Francia una larga difusión, es porque de ese modo se «encubría» la matanza total de los indios de la Martinica francesa; el trabajo forzado del Congo-Océano finalizando en un resultado semejante en ciertos negros; y las experiencias humanas mortíferas padecidas por orientales por iniciativa del profesor Yersin del Instituto Pasteur de Hanoi (2).

Tanto en Ultramar como al norte de los Pirineos, por consiguiente, el sistema funcionó a la perfección. Nosotros, los franceses, estamos convencidos de que, si los españoles son abominables verdugos, en cambio, nuestra auténtica imagen propia es la de la Libertad iluminando al mundo. Y así, un eminente universitario americano, amigo personal desde hace medio siglo, me decía con absoluta tranquilidad, que si no hay indios en la Georgia de los Estados Unidos, es porque nunca los hubo en ese territorio. (Sin embargo, los archivos de los misioneros españoles demuestran que en el siglo XVII, toda Georgia estaba superpoblada por los indios; hasta el último fue asesinado por los Yankees).

Imputaciones burdas.

Perfecto, se dirá. Pero con la desaparición de la dominación española en el siglo XIX y el desarrollo, tanto de los estudios

(1) «La légende noire antihispanique», *Revue de psychologie des peuples*, tomo XIX, 1964, pág. 223.

(2) Hecho utilizado por los abogados alemanes durante el «proceso de Nuremberg», para la defensa del D^o Karl Brandt.

universitarios como de los medios generales de información, la situación, a pesar de todo, debería de haberse regularizado y aparecer la verdad. Habiendo terminado la guerra psicológica, el sistema de transferencia que se había buscado, también debería de haberse encontrado privado de alimento. ¡Pues bien! ¡En absoluto!

Nunca las imputaciones inspiradas por la «leyenda negra» han sido más burdas. Incluso entre los universitarios, los intelectuales o los religiosos, teóricamente bien informados. En Francia, la obra *Histoire de l'Eglise par elle-même*, 1978, dirigida por el padre Loew, afirma que los colonizadores españoles impusieron a los indios «una esclavitud mantenida con dureza». Y en la *Histoire vécue du peuple chrétien* (1979), dirigida por Jean Delumeau, profesor en el Colegio de Francia, se precisa que esta «ley de esclavitud despojaba a los indios de sus tierras y de su libertad». Y eso a pesar de que todos los especialistas, tras Silvio Zavala, saben que la esclavitud de los indios, salvo excepciones limitadísimas y rápidamente prohibidas, jamás se practicó por los españoles en el continente americano. Así como que los indios permanecieron con la propiedad de sus tierras, tanto individualmente como colectivamente, bajo la firme protección de la justicia real.

Por su parte, un profesor de la universidad de Toulouse, Georges Baudot, en la obra *Utopie et histoire au Mexique* (1977), escribe que la enseñanza del español desde el siglo XVI fue «obligatoria para los niños indígenas», imponiéndose de ese modo el desarraigo cultural de los indios. Y eso a pesar de que los especialistas, en una obra publicada en Méjico, *Métodos y resultados de la política indigenista en Méjico* (1954), hayan observado: «En el siglo XVI la enseñanza general del castellano no tiene carácter legal obligatorio, ni tiende a una sustitución forzosa de las antiguas lenguas indígenas».

Un desafortunado plumífero.

Las cosas llegaron a tales extremos en Francia que un plumífero demócrata-cristiano, sumamente representativo de la opinión

intelectual corriente, Stanislas Fumet, pudo escribir en 1972, en una biografía del santo peruano de la post-conquista, Martín de Porres, frases dignas de la peor «leyenda negra» del siglo XVI: «Ninguna autoridad superior protegía a la pobre raza (indígena) a la que se diezmaba con matanzas y con la esclavitud. Y que no podía ofrecer más que una resistencia mediocre a esta inundación de malos cristianos en un solar ofrecido a Dios y que, de hecho, se entregaba al diablo» (3).

El desdichado plumífero ignora que en aquel entonces el arzobispo de Lima no era otro que santo Toribio, insigne compañero y protector de los indios, hasta despojarse de todo por ellos. Y que el mismo san Martín de Porres, no era más que uno de los seis santos del «siglo religioso» peruano, modelo de Cristiandad (cuatro de estos santos eran seculares). Y en fin, que las vocaciones sacerdotales eran tan numerosas en este país «entregado al diablo» que Lima llegó a tener 300 sacerdotes excedentes, en sentido estricto *extra-vagantes* (vacando fuera).

Las Casas, un prototipo ideológico.

¿Cómo ha sido posible todo eso? Ha sido posible porque la «leyenda negra» anti-hispánica, de hecho, tuvo una causa mucho más profunda que la «guerra psicológica» que caracterizó sus orígenes. Esta causa ha sido que España tuvo la desgracia de parir en el siglo XVI el prototipo de la ideología que denunciará cada vez con más claridad al Estado católico y a continuación al catolicismo, como agresor de la humanidad. Este prototipo es Las Casas que, si bien con una gran fuerza propagandista, aún no presentaba más que una ideología anticolonizadora, antiimperial, antimilitar, anticapitalista, relativista, ecologista y libertaria, respecto de las religiones autóctonas, de los sacrificios humanos y de los «señores naturales» indígenas, es decir los peores opresores. Todo

(3) Texto publicado por las Editions S.O.S., del *Secours Catholique*. Aquí págs. 38 y 39.

ello mientras se proclamaba vigorosamente cristiano, incluso supercristiano.

Pero el observador atento no puede equivocarse: el objetivo de Las Casas es ideológico y subversivo, no religioso. Lo ha observado en 1985 la muy lascasiana profesora de la Sorbona, Marianne Mahn-Lot: «El carisma personal de Las Casas era menos el de un misionero preocupado por la salvación de las almas, que el de un hombre apasionado por la justicia temporal» (4); y del modo que él la veía, con frecuencia erróneamente.

Así, pues, es Las Casas el que va a dar todo su poder a la «leyenda negra», tanto por medio de su obra *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de 1552 como con el resto de sus obras, denuncia encarnizada de la colonización y de la evangelización españolas, tanto más peligroso por cuanto su autor es un religioso español.

Denuncia que los enemigos de España se apresurarán a difundir en innumerables publicaciones muy pronto ilustradas. Las ilustraciones, fabricadas por encargo en las orillas del Rin, muestran casas con fachadas nórdicas donde jamás las hubo. Pero gracias al talento del grabador de Bry, estos falaces documentos, los únicos existentes de la época sobre el asunto, serán reproducidos sin cesar, perpetuando la «leyenda negra» por medio de la imagen, en total monopolio. Temible éxito de propaganda: un poco como si, referente a los años de 1939 a 1945, sólo dispusiéramos de las imágenes encargadas por el Dr. Goebbels.

El fruto «filosófico».

Además, la ideología de Las Casas desarrolla sus frutos. Los cuales, de acuerdo con la recomendación del Evangelio, nos permitan juzgar con exactitud al árbol. Primer fruto: la ideología de Las Casas va a ser aprobada y repujada por los anticristianos «filosóficos» del siglo XVIII, nuevos maestros y nuevos dueños de

(4) *Symposium fray Bartolomé de Las Casas*, Méjico, 1985, pág. 161.

la opinión. Tal ocurre con el francés Raynal, autor de una inmensa *Historia filosófica de las Indias* en la que denuncia también la «tiranía europea». Raynal gran enemigo de la fe y del clero, a pesar de que, o precisamente porque, había sido un sacerdote indigno. Este neo-Las Casas reclama en 1789 «que no se sacia por más tiempo de las incoherencias cristianas que repugnan a la razón». Y juzga al clero «el más cruel enemigo del Estado y de la Nación; la más perjudicial entre las clases ociosas de la sociedad».

Otro neo-Las Casas «filosófico» fue Marmontel, secretario perpetuo de la Academia francesa en 1783 y autor de una gran novela, *Los Incas*. En ella denuncia en América «el Fanatismo (es decir, el catolicismo), rodeado de matanzas y de ruinas, sentado sobre pilas de muertos y paseando su mirada sobre vastas ruinas». En la dedicatoria de *Los Incas* al rey de Suecia, protector de los «filósofos», Marmontel no teme precisar su intención, incluyendo esta condena muy lascasiana tanto en su forma como en el fondo: «Vuelvo a abrir la mayor llaga que la espada de los perseguidores haya hecho jamás al género humano».

Como todo judío “converso”.

Segundo fruto: la ideología de Las Casas va a mezclarse, en las teologías de la liberación y el conformismo ideológico general, a otras dos ideologías judías, a su vez anticatólicas: la de Freud y la de Marx. Decimos «otras ideologías judías» puesto que, como sus biógrafos (Guillén, Giménez-Fernández, O’Gorman) han afirmado cada vez más claramente, Las Casas era de origen «converso» perteneciendo por su padre a los judíos entonces recientemente convertidos al catolicismo. La importancia de esta judaicidad de Las Casas ha sido subrayada por el gran historiador, también él de origen judeo-español y profesor en Princeton, Américo Castro. A veces equivocado pero aquí acertado. Este no dudó en manifestar claramente sus sentimientos a este respecto en la Sorbona dentro

de la *Miscelánea en memoria de Jean Sarrailh* (5) (1965), hispanista que fue rector de la Universidad de París.

La denuncia de Las Casas, señala Castro, es en sí misma una transferencia psicoanalítica. «Las Casas se automonumentaliza» para hallar, como ya lo había señalado Pérez de Tudela —prologuista de la reedición de sus obras—, «la causa desmesurada que pudiera encajar con su talla». Al lanzar la afirmación de que «todo lo que es indígena es admirable y digno de respeto y todo lo que es español es detestable», «se embarca en la grandiosa aventura de darse a sí mismo una dimensión imperial». Y esto porque, como todo judío *converso*, «buscaba, del mejor modo que podía, huir del asedio que le imponía la sociedad cristiana», «elevándose prestigiosamente sobre ella».

De ahí sus de otra forma inexplicables exageraciones cuantitativas de las fechorías españolas, enormes y «falsas por todos los conceptos». De ahí también la complacencia realmente chocante que muestra hacia el horror de los sacrificios humanos masivos y hacia los graves defectos de las sociedades indígenas. Para él, desde lo alto de los templos aztecas de Méjico, bañados por la sangre de decenas de miles de víctimas con el corazón arrancado, todo es «alegre y admirable» (*Historia apologética*, capítulo CXXX). Es que el único objetivo de Las Casas es «reaccionar agresivamente contra los españoles a partir de la firme base indígena». Y Américo Castro comprueba lo que Marrane Mahn Lot redescubrirá veinte años más tarde, tal como hemos visto: «El aspecto cristiano del problema es relegado a un segundo plano. El problema indio no es para Las Casas mas que un medio, una base a partir de la cual enfrentarse con ventaja al adversario social español».

Otro "judaísmo con problemas".

Por esta razón Las Casas está también próximo de otros dos judíos cuyas ideologías anticristianas van a unir su influencia de

(5) Texto dado también en AMÉRICO CASTRO, *Cervantes y los casticismos españoles*, Madrid-Barcelona, 1966, págs. 257 a 312.

denuncia social a la de su propia ideología de ecologismo falaz. Freud que al llegar a Nueva York exclamará con júbilo: «¡Me abrazan cuando les traigo la peste!». La peste de los complejos, de la *libido* hecha normativa, más aún, de la auto-acusación, en la locura talmúdica del comentario sin fin. La peste de ese «freudismo» que, como ha señalado recientemente el filósofo George Steiner (6), en el fondo, como el «lascasismo», no es más que «un judaísmo con problemas». Como también lo es el marxismo, esta toma de partido «automonumentalizante» y burdamente exageradora de la sociedad, hecha por un pequeño burgués judío viviendo en Inglaterra que jamás fue verdaderamente un militante obrero. Y que, por el contrario, forjó las cadenas de una mayor alienación del «opio del pueblo», como en el fondo hace también Las Casas en relación a la Conquista cristiana.

Pero si el «freudismo» considerado suicidamente como «una gran lección» por una parte importante de la Iglesia postconciliar no cesa de desarrollar su influencia de «denuncia» y de «liberación» (a lo Las Casas) en el seno del catolicismo, el derrumbamiento del comunismo en los países del Este ha asestado un duro golpe al marxismo en la Iglesia. Desde entonces y al amparo del Quinto Centenario del descubrimiento de América, la ideología de Las Casas es la que reaparece en primer plano. Por todas partes en América del Sur y en Centro-América los llamamientos a una «celebración penitencial» del Quinto Centenario (para pedir perdón por él) vuelven a dar algún trigo ideológico que moler a los agitadores y militantes desengañados por el reflujo comunista.

Un complejo esencialmente europeo.

Pero la campaña no termina de prender, como lo demuestra la documentación reunida por la revista de prensa *Espérance des pauvres* publicada en Bélgica. E incluso en el *Mensaje a todas las religiosas y religiosos de América Latina* de la orientadísima a la

(6) En su *Réelles présences, les arts du sens* (París, 1990).

izquierda Confederación de los religiosos latinoamericanos, a la que Roma ha tenido que reencauzar, aparecen rectificaciones a la ideología de Las Casas. En el Mensaje se lee: «Estos 500 años han sido un tiempo de sombras y de luces, de pecado y de gracia (...). Nos unimos a los innumerables laicos, religiosos, sacerdotes y obispos que desde el inicio de la evangelización hasta hoy sacrifican su vida por defender la justa causa de los pobres» (7).

Además de ideología «lascasiana» se muestra de nuevo como una construcción, un prurito, un complejo esencialmente europeos. Como indica Monseñor Amigo, arzobispo de Sevilla y presidente de la Comisión episcopal para el Quinto Centenario de la evangelización de América: «La actitud vergonzante con respecto a este Quinto Centenario es más frecuente entre los obispos españoles que entre los latinoamericanos. Es como una mala conciencia del pasado» (8). Fundada siempre no en los hechos comprobables en América, sino en la propaganda ideológica y psicoanalítica «lascasiana» reinante en Europa, sin sufrir ahí el menor obstáculo por el hecho de la realidad.

De Lustiger a "Justicia y Paz".

Este reinado «lascasiano» en Europa está en todas partes. El Cardenal Lustiger, arzobispo de París, formado en la escuela laica y en los seminarios franceses de los años 1950 de tan pobre apolo-gética histórica, es uno de sus paladines. En su *Choix de Dieu* (1987, pág. 372) denuncia «a los conquistadores, que actúan a sangre y fuego», como si no hubiera habido, muchos, que hayan obrado con las manos tendidas. Así, solamente en Méjico el mismo Cortés, Vasco de Quiroga, Rodrigo del Río. En Perú todos los conquistadores que hicieron a los indios sus herederos universales. El mismo Lustiger en la página 452 afirma que «los religiosos lucharon, a veces hasta la muerte, contra los príncipes españoles

(7) Texto publicado por ADISTA, Roma 22 de abril de 1991.

(8) Conferencia de prensa dada en Nueva-York, el 16 de abril de 1991.

por defender a los Indios». Cuando los mismos «príncipes españoles», empezando por Isabel la Católica, fueron los protectores sistemáticos y decisivos de los indígenas, tal como no ha cesado de demostrar el especialista americano Lewis Hanke.

El cardenal de curia Etchegaray, anterior arzobispo de Marsella, llega, incluso, más allá. Presidente de la Comisión pontificia *Justicia y Paz*, fuente europea de las teologías de la liberación (9), firma el 3 de noviembre de 1988 un documento delirante titulado *La Iglesia ante el racismo*. En él se pretende, entre otras cosas, que los conquistadores españoles «comenzaron a elaborar una teoría racista para justificarse». Cuando la teoría racista en cuestión era la del filósofo pagano Aristóteles que veía en ciertos hombres «inferiores en razón» «esclavos por naturaleza». Esta teoría, retomada, no en España, sino en la universidad de París en 1510, fue combatida desde el año siguiente por el dominico español Matías de Paz y en las Antillas mismas por otro dominico español, Antonio Montesinos. Si a continuación fue evocada aquí o allá en la polémica colonizadora, esta teoría jamás fue enunciada como un cuerpo doctrinal por los conquistadores, en un espíritu racista, ni aceptada por los poderes que les controlaban. Así pues es totalmente falso e injusto cargar con ella la conciencia de la Conquista española, en la que, por el contrario, fue sistemáticamente prohibido esclavizar a los Indios como hemos visto.

Como colofón: Roma.

La misma Roma en dos de sus grandes dicasterios, la Congregación para la causa de los Santos y el Consejo para el Ecumenismo, ha perdido una buena ocasión de poner las cosas en su sitio en lo que a la Evangelización de América se refiere. Si hubiera permitido que el proceso de beatificación de Isabel la Católica, muy bien entablado naturalmente y apoyado por numerosos y pres-

(9) El libro de GUSTAVO GUTIÉRREZ, *Hacia una teología de la liberación*, fue una ponencia leída en Suiza ante un comité de *Justicia y Paz*.

tigiosos prelados sudamericanos, llegase a buen término, habría recordado lo esencial. Que desde las primeras instrucciones dadas tras el descubrimiento, Isabel había estipulado algo que es puro cristianismo: las relaciones con los Indios debían realizarse *amorosamente* (Instrucción del 29 de mayo de 1493).

Roma ha preferido «suspender» el Jueves Santo 28 de marzo de 1991, el proceso de beatificación de Isabel, en una decisión arbitraria por la que el lobby judío internacional la felicitó enseguida. Aun cuando esta «suspensión» pueda tener apariencia de desaprobar la expulsión de los judíos o el establecimiento de la Inquisición (papal) antijudaizante, el golpe alcanza también la memoria de la primera evangelización americana, única proeza propiamente isabelina como hemos recordado. El poder mediatizador, financiero y político del lobby judío de hoy releva, de hecho, las imputaciones personalísimas del judío converso Las Casas. La leyenda negra se ve literalmente relanzada y como justificada. No puede haber beatificación para la santa reina del Descubrimiento.

Está pues decidido: las relaciones con los españoles de la Conquista, aún con los más puros, no pueden abrirse *amorosamente*. Si hay muchas moradas en la casa del Padre, incluso para los que han escogido a Barrabás, no las hay para estos testigos de Cristo. España, siguiendo la incitación de practicantes de la fiesta judía de la Expiación, es una vez más, tratada como el chivo expiatorio de la Historia.

Hela aquí como en la fiesta judía, de nuevo expulsada hacia el desierto, portadora de todas las iniquidades de Israel y de los otros pueblos.

Su consuelo.

Pero así España se ve aproximada a Aquel que, en el Nuevo Testamento, condenado por semejante Sanedrín y abandonado tres veces, ya entonces, por miedo a la opinión, por el jefe de sus discípulos (cantó el gallo), lleva y quita los pecados del mundo. ¡Ojalá pueda España, en esta aproximación, encontrar su consuelo!